

zé



Carmen Alba Siles

papeldelibro001

zé

Carmen Alba Siles

© Editorial **aulasnomadas**
Colección papeldelibro001

Barcelonés + Andévalo + 2016 = é

Libro no impreso, edición fronteriza no limitada por el papel.

Permitida cualquier forma de difusión ideada por de los lectores de esta obra.

La autoría de los textos: Carmen Alba Siles.

La autoría de las fotografías: Carmen Alba Siles y Manuel Joaquín Custodio.

Edición elaborada por Carmen Alba Siles y Manuel Joaquín Custodio.

papeldelibro001



p r ó l o g o

Feliz vida de los libros, de los rosas, de las palabras, de las historias.

Os presentamos a Zé.

Con Zé se inicia una singladura de pequeños artefactos que recogerán las experiencias que nos salen al encuentro en el devenir de #aulasnómadas. Experiencias que nos han impregnado la piel sin remedio ni cura posible.

En Zé se esconden doce diminutas historias que albergan un universo de emociones. Metáforas con velos míticos para mostrar que nada humano nos es ajeno. Quién, en algún momento, no ha conocido a Rea, obligada a la renuncia radical, o ha oído hablar de alguien tan vengativo como Hefesto, o se ha cruzado con un ciclope enamorado, o se ha sentido Quirón con la imposibilidad de cuidar de sí, o se ha reconocido en la piel de las mujeres que cruzaron la línea carmesí. Mostrar sin citar, sugerir para evitar la huida.

Zé es una senda que se puede leer linealmente, o elegir un número al azar. No hay respuestas ni conclusiones, sólo caminos a los que nos podemos aventurar en soledad o compartirlos y ampliar la mirada. Cada historia está vinculada, sustancial o sutilmente, con las once restantes. En todas ellas hay códigos que se harán evidentes para quien haya vivido en esa frecuencia.

iFeliç Sant Jordi!

Equipoaulasnómadas23deabril2016.

ÍNDICE

- 01.** Destinos de dragón.
- 02.** Amaltea.
- 03.** Doce.
- 04.** Cuando Rea buscó refugio para el pequeño Zé.
- 05.** El rayo y el colibrí.
- 06.** Contra todo designio.
- 07.** Pan de luna.
- 08.** Tras el eclipse.
- 09.** El espejismo.
- 10.** La penúltima transformación.
- 11.** La semilla del tiempo.
- 12.** Quirón, la diferencia como herida.



Destinos de dragón

El dragón desconocía su destino. La ignorancia le llevó a ser aquello que esperaban de él quienes habitaban en las tinieblas de los miedos atávicos.

Centenares de generaciones de humanos supersticiosos cincelaron una alucinación desabrida de fuego arrasador y distancia fría.

La víspera de su sacrificio ritual, anciano y cansado de ser tomado sólo por lo que era casi nunca, decidió llamar a la puerta de la ninfa.

Temeroso del recibimiento, creyó que la flor sería un buen talismán.

Como pudo, era su primera vez, portó entre las fauces la delicada rosa. Sin apenas darse cuenta, como suele suceder cuando la intención sobrevuela la sombra, el perfume le hizo olvidar la punición de las espinas.

Amaltea, entre los alambiques, se sobrecogió al percibir tanta tristeza en la fragancia de la flor de los enamorados. Se acercó al camino y vio lo que

nadie creería. El viejo dragón renqueante, con un hilillo de sangre en la comisura de sus labios invisibles y una sonrisa tímida en sus ojos de fósil irredento.

Se acercó a él y, con un pliegue de la gasa de su túnica, le enjugó la sangre y lo invitó a tomar asiento bajo el pino carmesí.

Fue así como el dragón empezó a relatarle historias que había recogido de libros que nunca nadie escribió. Historias que nadie creería de dragones reales que, idealistas, fueron condenados al exilio eterno por la torpeza de sus movimientos. Relatos de congéneres enamorados penados a habitar la servidumbre de la soledad sin esperanza por la ru-

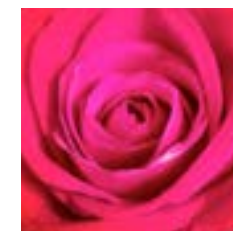
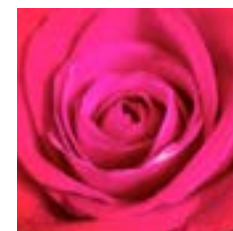
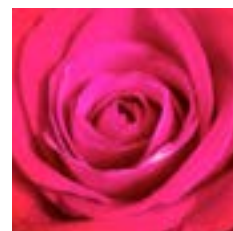
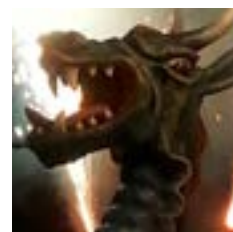
gosidad de su piel. Crónicas de jóvenes parientes obligados a vagar, de frontera en frontera, porque nadie quería acoger lo que de común reflejaban.

Ella acarició su pellejo áspero con delicadeza. El sintió por vez primera la revolución de la piel.

Amaltea sabía que todas aquellas historias ya no tenían remedio, pero intuyó que el corazón de la bestia guardaba la memoria del tiempo en el que todo estaba por deletrear.

El camino de retorno a casa lo dibujaría el perfume de la rosa que mecía con sus palabras inauditas.

La Costa, Sant Jordi, 23 de abril de 2014





Amaltea

Le tenía tanto miedo a las palabras que no paraba de hablar. Su cháchara no tenía otro alcance que evitar escuchar mensajes cifrados que alertasen a su corazón.

El mismo que, cuando tenía apenas el tamaño de una nuez, alguien colocó en la aquella caja de madera de cedro en la que ocultaron su primer llanto infantil.

El corazón, aunque cegado, presentía. Fue así como se enamoró. No viendo, recreó. Apenas oyendo, musicó.

Siempre que lograba zafarse del espectro del miedo, siempre en sueños, nunca en la vigilia, intuía el mundo al que pertenecía.

Ese era el destino silenciado de la caja. Alguien le

habló de una ninfa que vivía en las grutas del monte Ida.

Alguien le dijo que con perfumes y sahumerios despertaba las fuerzas del anhelo. Que con cánticos disolvía los grilletes invisibles. Que con el tintineo de una campanilla de cristal recuperaba la armonía en el latir. Y que en ocasiones, con su silencio de sal, acallaba las voces de quienes graban en piedra los terrores de los tiempos de la niebla. Empezó a caminar aún sin saber hacia dónde se dirigía.

El rumor de sus pasos le guiaba...

Amaltea, ese era el nombre que perseguían sus pies. Amaltea...

Junto al volcán. Una tarde de agosto.



Doce

Las madrinas de Amaltea pusieron una única condición. Primero tendría que aquilatar el tesoro espinoso de la vida. Después vendrían las palabras y el consuelo. Los perfumes y los remedios. Los hechizos y sus realidades.

Para que recordase que debía permanecer paciente frente a los vendavales y sosegada en la cánicula, le entregaron un código.

En la entrada de su gruta un número, el 12. Ese sería el código que le recordaría en silencio la naturaleza del tiempo de los humanos.

Una noche, cercana a la primera luna del equinoccio primaveral, del libro de la sibila se desprendió una página, como la hoja dorada de un árbol ancestral.

Un mensaje que el hombre medicina, su abuelo, había escrito para ella, cuando aún era tan pequeña que apenas se tenía en pie.

Mientras leía, lloraba. Mientras lloraba su corazón de ninfa se esponjaba. Fue así como entendió el significado del tesoro espinoso.

Bendijo el destino de las de su linaje. El arrojó de algunas de ellas, la valentía de otras, la ternura de todas.

Con sus lágrimas humedeció la tierra donde Zé puso la semilla del árbol del oro.

Como si del perfume de una flor invisible se tratase, comprendió el sentido de la templanza que, hasta entonces, la había desquiciado secretamente.

Debía alejarse de quienes agitaban los calderos de la ira tanto como de quienes helaban los glaciares del menosprecio. Sólo así, los perfumes de sus alambiques podrían surcar los caminos del aire, hasta alcanzar lo más recóndito de las memorias de aquella esfera azul que era 30 veces 12.

En la colina de los manzanos, frente al mar. 24 de junio de 2015



Cuando Rea buscó refugio para el pequeño Zé

Cuando Rea, la madre del pequeño Zé, buscó refugio para ponerlo a salvo de la locura del linaje de Crono, sólo pudo pensar en Amaltea. Aquella ninfa que vivía en una gruta cercana al único bosque conocido de pinos carmesés.

Era célebre por los delicados inciensos y los evocadores sahumerios que elaboraba. De los confines del mar de las especias acudían a ella para despertar el sopor de los sentidos o buscar cura para los males del corazón.

Supo de ella tiempo atrás, cuando embarazada y desesperada por la voracidad filicida del Titán progenitor, consultó a su madre Gaia. Ella, pura raíz, era conocedora de los más recónditos parajes, de las cimas inexpugnables y de las simas insondables.

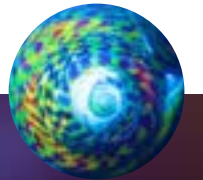
Le preguntó dónde podría esconder al que estaba por nacer. Dónde podría ponerlo a salvo de los reptiles, de las criaturas voladoras y de las acuáticas y, en especial, de aquellos que afilaban sus colmillos en los huesos de los inocentes.

Gaia, la gran madre, la abuela del pequeño Zé, no lo dudó.

- A la vista del todo el mundo. No hay asilo más infalible que aquel que no está oculto. Deja que Amaltea sea la nodriza. Ella siempre soñó con cuidar de un pequeño. Así abrirás el círculo que nunca debió cerrarse.

Tras el parto, Rea entregó el niño a la ninfa. Entre los pañales del recién nacido escondió un pequeño fragmento del rayo, uno de sus atributos. En la memoria del hueco de su cuerpo, la promesa de un reencuentro incierto.

Calle Vilanera, 17. 18 de mayo de 2014





El rayo y el colibrí

Años después, una mañana sin nubes se oyó el estruendo atronador que sigue al rayo. Amaltea levantó la cabeza de las resinas que estaba triturando. Alzó la mirada hacia el cielo que se entreveía tras la boca de la cueva. Al ver el celeste sin mancha, dejó de moler.

Corrió hasta alcanzar la entrada de la gruta. Allí estaba Zé empuñando el rayo y fulminando abejas.

-Zé ¿qué sucede?, preguntó preocupada.

- Una abeja me ha querido picar. Merecen morir todas abrasadas por el poder de mi rayo, dijo medio sofocado por las carreras del desigual lance.

Amaltea suspiró. A veces añoraba el tiempo del silencio antes del parto de Rea. Se soltó los cabellos

y llamó al fulminador a su lado.

-Acércate Zé, tengo que hablarte de algo que tú, olímpico como eres, quizás desconozcas. ¿Sabes qué es la templanza?, dijo mientras lo sentaba sobre la falda de su túnica.

- ¿La templanza? gruñó mientras buscaba con la mirada aquel animal feroz del que nunca había oído hablar. ¿Tiene mil cuernos? ¿Un millón de garras? ¿Escupe fuego? ¿Es un monstruo marino? Cuéntame...

- Si tú exterminas a todas las abejas que encuentres, probablemente la primavera que vienen no tendremos flores. Si no nacen flores, no habrá abejas, ni miel. Así en poco tiempo, este hermoso

paraje se convertirá en un desierto hostil. En la vida terrenal, los humanos tienen que acostumbrarse a tener ciertas incomodidades para lograr alcanzar bienes mayores.

Zé la miraba sin entenderla. A veces su nodriza lo confundía con sus rodeos.

- Las abejas pican, sí, pero no siempre. Han de darse unas determinadas condiciones. Si por el temor a que te pique una sola abeja, las eliminas a todas, estarás suprimiendo también la posibilidad de la belleza de las flores, del polen multiplicador, de la dulce miel, de los propóleos salutíferos y de la cera iluminadora. De los perfumes que amansan los sentimientos y las esencias que sanan. Eso es la templanza. Saber contener los instintos primarios para permitir que la vida se manifieste más allá de

los apetitos.

Zé no se mostraba muy convencido. Seguía buscando con la mirada a aquel ser invisible del que hablaba Amaltea. En un instante, algo captó su atención. Saltó del regazo de la ninfa, soltó el rayo y se lanzó a perseguir a otra criatura voladora.

- Mira Amaltea, está suspendido en el aire. Algún día, cuando se hagan realidad los augurios, yo seré como él, gritaba mientras agitaba los brazos dando saltos.

Amaltea sonrió complacida. Por hoy se había trocado el estruendo del trueno por el zumbido arcoíris del colibrí.

Quizás, algún día, el pequeño Zé entendería que eliminar a una de sus criaturas entristecería hasta el duelo a la madre de su madre, la lúcida Gaia.

Baetulo, 7 de marzo de 2014





Contra todo designio

Amaltea, la ninfa nieta del hombre medicina y de la vieja dragona, recibía cada solsticio de estío la visita de Jano, un dios de un mundo que estaba por llegar.

A veces se aparecía con las hechuras de una anciana, otras con el ímpetu del enamorado, algunas con la ingravidez del colibrí.

En todas las ocasiones le planteaba un arcano. Cada enigma era el tributo que la ninfa debía pagar para alcanzar un nuevo aprendizaje.

La placidez de sus días se truncaba con el primer aldabonazo. Sabía que, para alcanzar la solución,

debía abandonar su confortable morada, adentrarse hasta el corazón del bosque, confiar en los desvaríos de su piel, abrazar sus desasosiegos y dejarlos volar.

Esta vez, el inconfundible rumor de las pisadas le hablaba de aquel amor que la enamoró como si de una mortal se tratase.

Una primavera, ya lejana, cayó rendida contra todo designio. Su clan aceptó el acontecimiento como lo que era. Inevitable.

Un joven cíclope, de mirada líquida, alcanzó inesperadamente el deseo por el que había sacrifica-

do el mejor de sus corderos primavera tras primavera. El amor de la ninfa que creyó inalcanzable. Al verse correspondido no pudo sino dudar, desde el primer instante, de su suerte.

Huraño, miraba el perfil de la isla donde vivieron sus antepasados, los celadores de rebaños. Una isla escarpada y sin playas situada en el confín del mar de las Nereidas.

Amaltea desoyó los consejos y las advertencias que su sombra le susurraba cada amanecer.

-Alguien como él no podrá ver nunca lo que no es visible, soñó que le decía el jazmín en flor.

Pensó que aquello no era más que un efecto hipnótico de las voces de sus tías bisabuelas, las sirenas.

Con el cíclope se adentró en aquella isla sin remansos de arena. Por aquel cíclope ando caminos ásperos, subió por desfiladeros de vértigo, se alzó hasta crestas indómitas. Por aquel cíclope abandonó los sahumeros, las palabras y los hechizos. Nada de todo aquello iba a ser útil allá arriba, entre riscos y ventiscas.

Fue arriba, exhausta, y con los pies llagados, cuando comprendió lo que en las estrellas estaba escrito. Las grandes puertas del conocimiento sólo las atravesaría de la mano del imprevisible Eros. Era el diezmo que debía pagar por su naturaleza cuasi divina.

Una vez alcanzada la cumbre, el ingenuo cíclope se volvió sobre sí y empezó a buscar otro punto que perseguir en el horizonte.

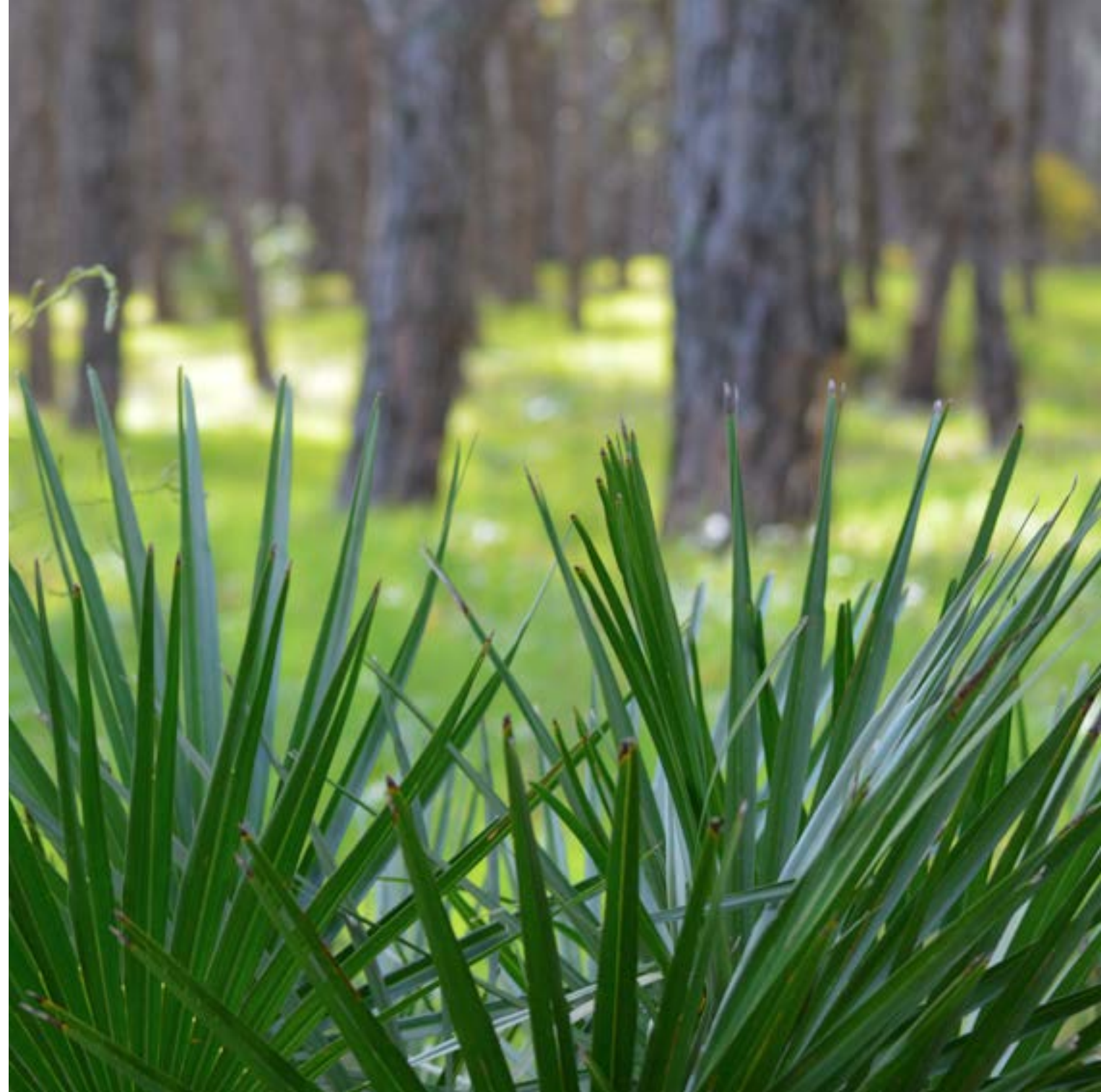
Más allá de los sahumeros, las palabras y los hechizos; más allá de la magia y los augurios, había un mundo habitado por seres que saltaban de un lado a otro. Seres que en lugar de perseguir lo que deseaban alcanzar, huían de lo que temían perder. Seres que enamoraban con el halo huidizo de su mirada celeste.

Amaltea se alisó los pliegues de la túnica y fue al encuentro de su penúltimo arcano.

Quirón se encargaría de curar los estragos de sus aprendizajes.

En el centro del bosque, el primer destello del encantamiento la devolvió a su realidad.

Entre Montserrat y Castillejos. Un atardecer de marzo.





Pan de luna

Estaba horneando los panes para festejar la sonrisa de la luna, la primera luz tras el novilunio.

Uno de aquellos panes, por algún capricho de la alquimia, apareció en forma de corazón. La ninfa aprovechó la oportunidad para explicarle un nuevo concepto a su pupilo.

- Ven Zé. Mira este pan. Es la masa de la cordialidad. ¿Sabes qué es la cordialidad?, dijo acercándolo a la nariz.

Una mañana, observándolo mientras jugaba, descubrió cómo predisponía su atención gracias al influjo de determinadas esencias.

- La cordialidad es la capacidad de fortalecer el corazón, prosiguió la ninfa. De ofrecerse a los demás en función de lo que nos une. Dicen algunos maestros antiguos que nuestro corazón genera un campo magnético similar al que sostienen a los astros en su viaje a través del universo.

Zé miró curioso las últimas luces que iluminaban el crepúsculo. Como cada atardecer, miraba fijamente el cielo esperando que cayese alguna estrella para pedirle un deseo. Siempre era el mismo. Que los dioses le permitiesen reconocer una voz que le acunaba en sueños.

- ¿Qué tal si no propusiésemos ser capaces de armonizar los diferentes latidos que habitan en nuestro cuerpo?, y se puso el corazón de masa crujiente sobre el pecho.

Zé, como casi siempre, no entendió nada de lo que Amaltea le dijo. Pero el sonido de su voz, como siempre, lo llevaba a un lugar tibio donde viviría sin dudar. Le evoca aquella otra voz que no lograba atrapar.

Amaltea le ofreció el pan y él, tras embelesarse con el aroma del cereal, lo mordisqueó.

Entonces recordó de quién era el susurro que le conmovía las noches y rememoró, sin duda alguna,

el hueco cálido y fértil que lo albergó algo más de 9 lunas.

El olor del pan de luna le guio sus pasos... Rea era su nombre.

El Granado. Un atardecer de febrero.





Tras el eclipse

La luna de los peces estaba a punto de emerger sobre el horizonte líquido del mar de los poetas. Aquella noche había una celebración especial. Las ninfas estaban convocadas para celebrar una rara efeméride que dejaba al descubierto la sombra. El eclipse lunar.

Amaltea llevaba todo el día atareada con los quehaceres preliminares del ritual.

Sólo se cernía una preocupación. Que el maestro vidriero pudiese llegar a tiempo con los nuevos perfumeros.

Se hallaba entonando los cantos preparatorios del altar vegetal, cuando oyó su voz festonearse con

el rumor de unos pasos quebrados. Al acabar el cántico, giró lentamente sobre sus pies. Intentó disimular su desagrado.

Frente a ella una presencia que la había inquietado desde niña. Hefesto, el dios del fuego y la fragua, el viejo y hosco conocido de la familia, había tenido el desacierto de presentarse tan inoportunamente.

- Amaltea, disculpa mi desafortunada visita. Si pudiese parar el insoportable dolor de mi desairado corazón, no habría osado interrumpir tus dedicaciones. El oráculo me ha traído hasta tu puerta.

Con el gesto, Amaltea lo invitó a sentarse bajo la parra, lista ya para ofrecer sus frutos en la inminente vendimia.

El dios de los metales tomó asiento. Miró las manos de la ninfa que, como siempre que se preparaba para descifrar los enigmas de poniente, alisaba los pliegues de su túnica.

Buscó en su bolsa algún objeto que ayudase a Hefesto a entender el mensaje. En sus dedos se enredaron las valvas de la venera.

Tu naturaleza mineral y tu proceder desconfiado te impiden deleitarte con el estremecimiento de los mortales. Sabes del aleteo inicial del amor. Sin embargo, ignoras los relatos y las melodías de los amantes.

Aquella que amas es de naturaleza sensitiva y vital. Si te acercas rígido, insensible a su mirada, se espantará. Su memoria ancestral le alertará de que es el inicio del desarraigo y el preludio de su muerte.

Si no eres capaz de mostrarte abierto frente a la incertidumbre, generoso ante a lo que te desconcierta, delicado especialmente en los momentos

de desazón, estarás condenándote a vagar sin cobijo posible destruyendo a quien crees amar. Las valvas son bandejas oferentes, no escudos desafiantes. Y se las puso en las palmas de sus manos, resacas y encallecidas.

Hefesto cerró los ojos y las manos. Entendió el mensaje velado, aunque no sabía cómo alcanzarlo. Por vez primera, en su eterno periplo de mineral y fuego, confió. La luna de los peces, la incitadora de las limpiezas más profundas, quizás le guiaría en el propósito germinal de abandonar las artes de la forja fuera de la fragua. O quizás, en el instante de oscuridad total, viese sin cegarse la luz guarecida en las sombras.

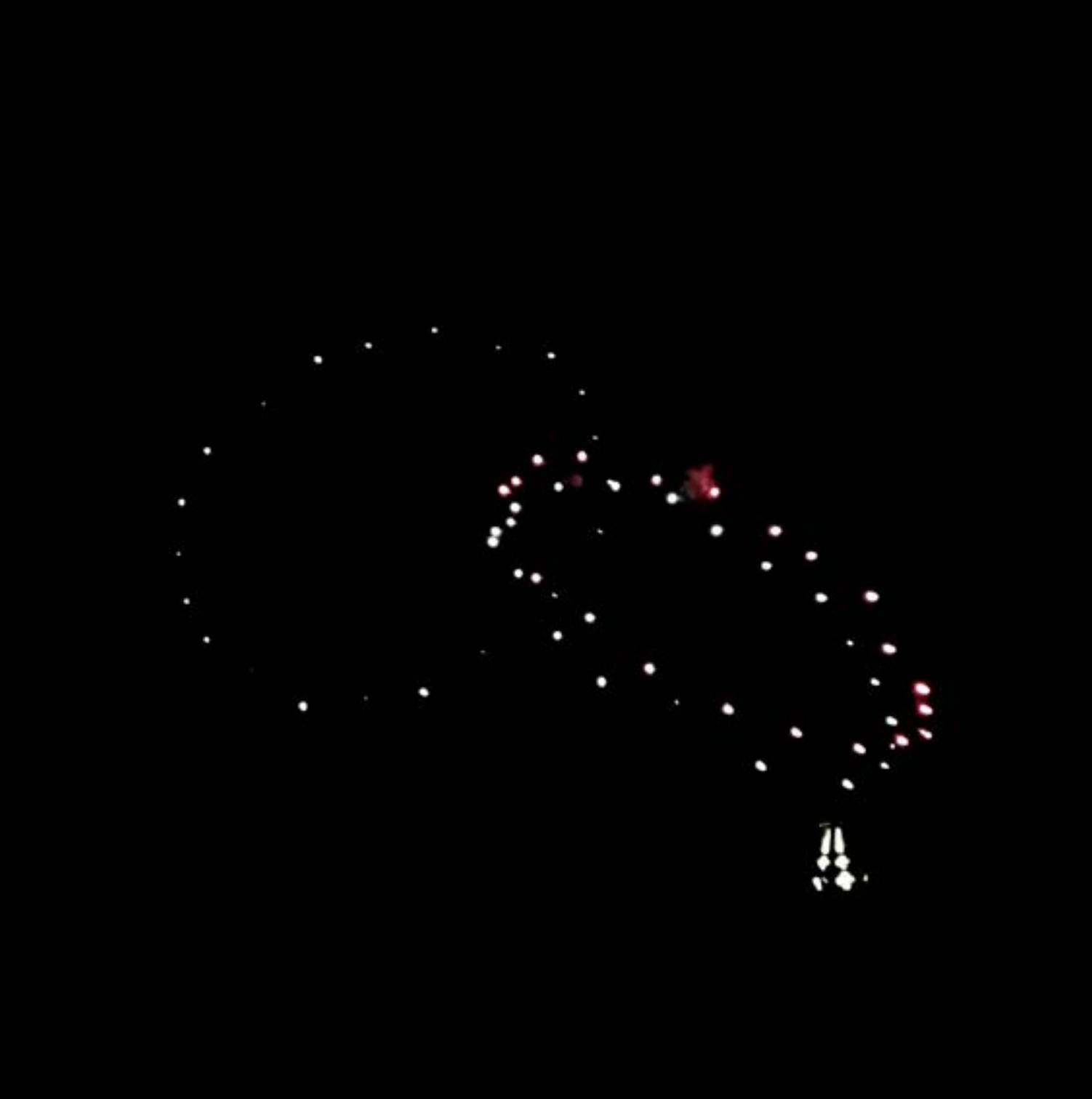
Se despidió silenciosamente. Amaltea debía seguir con los preparativos.

Desde el camino, pudo ver a la ninfa recibiendo al maestro vidriero. Al tiempo que sorprendió deleitándose de la belleza de Selene apareciendo tras el horizonte líquido. Entre tanto, el perfume de los incensarios lo estremeció. Quizás algo estaba cambiando en su corazón de bronce.

En el camino, la luz de las luciérnagas anunciaba la llegada de las ninfas.

Junto Turris Caepionis, 8 de setiembre de 2014.





El espejismo

Hacía un tiempo que Luna decidió mostrarse más pequeña de lo habitual.

Amaltea notó el cambio de tamaño.

- Me enamoré de un cometa errante. Después de unos fugaces encuentros, me dijo que debía cambiar mi naturaleza de satélite atrapado en el vagar de Gaia por algo que se adaptase a sus viajes alrededor del sol. Que debía modificar esa conducta fluctuante que no lograba entender. Que debía disminuir mi perímetro porque la luz de mi espejo lo hacía invisible en las noches de plenilunio.

Y así lo he hecho desde entonces. No ha servido de mucho. Nunca me dijo qué le gustaba de mí. Pero sigue retándome con su estela de hielo a que proceda a realizar cambios en mi forma de ser. Que de eso trataba el verdadero amor. De renunciar.

La ninfa sabía que quien ama, alienta. Nunca sopla

para que la luz amada mengüe. Y también sabía de lo contrario.

Miró en viejos anales astronómicos y descubrió que el viejo cometa no era quién decía ser. Nunca fue mensajero de efeméride alguna.

Sólo era un espejismo. Un errante presagio de alguna desgracia menor. Pensó que desposeyendo a Luna de sus ciclos y menguando su brillo estelar, él podría sentirse poderoso.

Amaltea en una de sus sedas escribió con madera de sándalo.

“Sigue tu danza cíclica. No dejes que voces negadoras silencien la melodía ondulante que despierta los océanos y el amor desde la noche primera.”

Fue así como Luna entendió que debía dejar de negar su íntima naturaleza. Esa en la que habitan la oscuridad de los secretos y la luz de la entrega.

Andévalo, noviembre de 2014



La penúltima transformación

Al llegar la tarde, cuando el sol sólo era un rastro de luz, cuando del mar se encaramaba la bruma. Estaba tan ensimismada contemplando las nubes rasgadas al borde del horizonte, que no vio la sombra de una silueta entre las sombras de las sábanas. No pudo, sin embargo, evitar percibir el perfume agrídulce de la tristeza. Tras los lienzos, una mujer sollozaba.

Retiró primero el lino de la ropa de cama y después la seda de los cabellos de la desconocida. A pesar de la escasa luz, pudo ver las lágrimas resbalar hasta el suelo.

-Vengo huyendo. Busco refugio. Sé cocinar. Puedo limpiar. Se me dan bien los niños. Amanso fieras

indómitas. Y apenas se nota mi presencia. Ya he cruzada la línea carmesí. Y en las tribus de las que provengo, llegado este momento, te conviertes en invisible. O lo que es peor, en incomprensible.

Amaltea había oído hablar de aquellas comunidades en las que las mujeres eran abandonadas a su suerte. Llegado el momento mágico de la penúltima transformación. Nunca había tenido la oportunidad de conversar con ninguna de ellas. Su naturaleza de ninfa acogía a todas las mujeres, pero no podía experimentar el desaliento en ese nodo de la línea del tiempo.

- De niña, nuestras nodrizas nos hablaban de una isla donde las mujeres eran algo más que los sínto-

mas que los chamanes dibujaban en las puertas de nuestras casas. Un lugar donde las mujeres podían danzar los diferentes sonos de la vida, con el goce que diluye todos los miedos. Un lugar donde el tempo del corazón marcaba el ritmo del tiempo. Un lugar donde la culpa había sido desterrada por el agradecimiento en cada respiración. Un lugar donde la metamorfosis del cuerpo y del alma no era un estigma, sino una ofrenda de la madre naturaleza. Una ofrenda para nosotras, y también para la comunidad.

A medida que iba hablando, como solía ocurrirles a las de su estirpe, se iba serenando.

-Querida amiga, me temo que ese lugar no se halla en esta isla. Lamento decirte que no conozco la latitud de ese confín del que hablaban vuestras nodrizas, musitó la ninfa mientras la acompañaba cogida del brazo.

Bajo los tilos en flor: 5 de abril.

-En mi mano sólo está convocar el círculo de magas. Ellas con sus cánticos polifónicos y sus danzas elípticas disuelven los planos y dibujan rutas olvidadas. Quizás ellas puedan abrir ese atlas.

Las lágrimas se habían evaporado. En su lugar, un halo de un perfume que Amaltea desconocía. Un aroma que surgía de la tierra. Rememoró los bosques que caminaba con su abuela, la vieja dragona guardiana de las memorias de una pequeña isla volcánica olvidada tras la última erupción.

Empezaba a entender. Pero aún quedaba algún invitado más.





La semilla del tiempo

Amaltea, como ninfa, desconocía la impaciencia. Con la llegada del inquieto Zé a la gruta se desveló el misterio.

Descubrió el poder irritante del ¡Ya!, por no hablar del ¡Aquí! tan propio de un ser omnipresente y olímpico.

Buscó en el libro de la sibila, y como siempre, encontró respuesta.

-“Frente a la desazón de la inmediatez, el tempo pausado de la semilla del árbol del oro.”

Cuando su abuelo, el hombre medicina, en la no-

che del último adiós le ofrendó el libro no pudo imaginar que sería una guía para educar a un joven dios. O quizás él, en su infinito conocimiento del devenir oculto, sí.

Fue a la alacena que Quirón le labró en la pared sur en reconocimiento de un augurio afortunado. Allí estaba la caja de alabastro rosa en la que guardaba saquitos de semillas.

En una pequeña bolsa de lino, de la orilla oriental del Nilo, dormían las semillas del árbol.

Llamó a Zé, que andaba enredando con las cabras de Endimión, el pastor durmiente.

- Pequeño Zé, vas a emprender una empresa inaudita.

Amaltea sabía que nada emocionaba tanto a su pupilo como un reto.

Zé soltó el cuerno que intentaba arrancarle a Le, la cabra rubia, que baló a la ninfa aliviada y agradecida.

- Mira esta semilla. Es la del árbol del oro. Tienes que sembrarla, cuidarla para que germine, brote, y

crezca hacia las nubes para que pueda ofrecernos sus frutos y...

Zé no le dejó acabar la frase. Cogió la semilla y la hundió en la tierra.

- ¿Por qué no sale?

Amaltea lo invitó a sentarse junto a ella, bajo la sombra de la mimosa en flor.

-Zé, ha llegado el momento de que te cuente cómo funciona el tiempo de los humanos, le susurró.

Y Zé abrió la boca, señal inequívoca de su interés.

Bufalà. Baetulo, 21 de marzo de 2014.





Quirón, la diferencia como herida

Tras oír lo que nunca hubiera querido escuchar, el viejo Quirón supo que tenía que cerrar los ojos y hacer realidad sus sueños.

Ya de niño quiso arrancarse los cuartos traseros para parecerse a aquellos infantes que le tiraban piedras. Creía, ingenuo, que así dejaría de sufrir lapidaciones menudas.

De joven, decidió seguir la senda de algunos de su estirpe. Se hizo maestro de héroes y titanes. Su infortunio aún fue mayor. Lo lacerante de su ingenio acrecentaba la visión de las sombras de sus pupilos. Estos, enfurecidos ante las apariciones,

abandonaban las aulas escupiendo sobre su suelo. Optó por olvidar las ciencias del saber para abrazar las artes de las emociones. El desaliento fue todavía mayor:

Preso del desconsuelo, sólo se le ocurrió acudir al abrigo de la cueva de su amiga Amaltea. Ella estaría releendo algunos pasajes del libro que le legó su abuelo, el hombre medicina, tal y como él le había indicado que hiciera mientras la luna crecía. Siempre en voz alta.

– El poder evocador de las palabras duerme en su melodía, le repetía una y otra vez el anciano.

Fuera, un joven cometa recién llegado desde una estrella enana, vestía sus mejores galas desnudando el hielo multicolor que le ardía en las entrañas. Con la visión de la estela irisada, Quirón recordó la primera vez que una mariposa se le había posado en el pecho a la altura del corazón.

Apenas tenía unos días. Aún era torpe con sus patas. Todavía se le resistía el equilibrio por la tozuda verticalidad de su cabeza. Sin embargo, ya sabía que jamás podría esconder su diferencia, al contrario de los similares y su engañosa semejanza.

Apenas había cruzado Quirón el dintel, cuando escuchó la voz de la ninfa que andaba absorta en la lectura.

“Aprende a discernir entre tus voces. Presta atención a todas ellas, en especial a la más silente. Sé aquél que eres, por antojadiza que parezca tu naturaleza. No pretendas otra aventura. Huir de

ella sólo te devolverá los ecos de los miedos de quien, no atreviéndose, niegan lo que anhelan. Si flaquean tus fuerzas, déjate encontrar por Taraxacon. Él guarda un sutil y férreo don. Hacer realidad los sueños inauditos”.

Apenas amanecía. Los rayos del sol, que ya bruñían las piedras de la entrada, se posaron en la esfera casi ingrávica.

Hacía muchas lunas que Quirón no sonreía como lo estaba haciendo en aquel instante. Acercó sus labios al satélite vegetal y, con los ojos bien cerrados, sopló suavemente.

Mientras, el cometa, guarecido bajo la línea del horizonte, rodeaba a la luna adolescente por la cintura.

Sin más, los sueños del centauro se alaron como semillas deseantes de suelo fértil.

En algún lugar cerca de las dunas, otoño de 2015.



